

# Discurso inaugural en el 1er. Congreso de Escritores y Artistas Revolucionarios de México

Por JUAN MARINELLO

= Envió del autor. México, D. F. Enero de 1937 =

Camaradas:

La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México inicia en éste momento la más trascendente de sus actividades. Importa, frente a ella, definir su sentido y expresar claramente el verdadero propósito de sus realizadores.

En esta hora estremecida del mundo, en este día de angustia y esperanza, se pregunta todo hombre en lo más íntimo e insobornable de la conciencia cuál es el mejor modo de transitar los derroteros válidos. Se ha precipitado con tal violencia la lucha social, viviendo hasta tal punto una etapa beligerante, que ya no queda espacio para sustanciar académicamente una postura sino para decidir la manera mejor de servirla. Estamos viviendo un momento estratégico. Los hombres se reúnen hoy como los soldados: no para discutir la bondad de su causa sino para determinar el modo eficaz de desbaratar al enemigo.

Los escritores y artistas que ha convocado esta mañana la L. E. A. R. son hombres que tienen ya una definición, es decir, un destino. Los hombres de pensamiento y de sensibilidad que van a debatir en ésta asamblea están ya en la orilla de la justicia. Y no porque pertenezcan a un partido ni porque comulguen en una misma creencia. Ni preside a este Congreso una teoría política determinada ni los que lo convocan exigen una adhesión partidaria. La Liga de Escritores y Artistas de México sólo pide, sólo puede pedir a los congresistas, una simple honestidad de hombres. Sólo exige esto la L. E. A. R. porque sabe que a la altura dilemática a que ha llegado la pugna del mundo basta esa honestidad céntrica para decidir con justicia. En todo tiempo, en toda ocasión, han batallado en los grupos humanos dos corrientes contrarias y decisorias: la que quiere el mantenimiento de las limitaciones injustas y la que pretende, por obra de la razón y de los brazos, la caída de éstas limitaciones. Pero sólo en nuestro tiempo han poseído los hombres, todos los hombres, claro conocimiento de la razón y de la obra de éstas fuerzas.

Un gran americano, José Martí, expresó, en una de sus adivinaciones asombrosas, que el genio iba pasando de individual a colectivo. Si genio es la suma de ciencia y de conciencia que adivina el futuro, si genio es el impulso penetrador que determina el mañana, dijo acertadamente el Libertador cubano. Son las masas las que ahora realizan conscientemente la transformación de la tierra. Y si el mañana del mundo, el bien y el mal del hombre, no son ya tesoros de eruditos ni adivinaciones de redentores, ¿puede un intelectual honesto quedar en la orilla espectante o unir su carrera a los que pretenden que no llegue el mañana?

Nadie puede, camaradas, llamarse a engaño. El fascismo quiere la esclavitud, la diferencia injusta, la guerra entre hombres y pueblos. Los escritores que, a la altura dilemática a que ha llegado la pugna universal, están con el fascismo no tienen nada que hacer en este Congreso. Recordando la expresión de un hereje ilustre, Bartolomé de las Casas, declara la L. E. A. R. que no le inte-

resa la sabiduría que no pasa por el corazón. Los artistas y escritores que ansien la superación del hombre pertenecen de antemano, como por derecho propio, a esta asamblea. En este campo limpio se encuentran y tocan el comunista de partido y el liberal ortodoxo. Uno y otro fundan su acción y su esperanza en el advenimiento de una comunidad feliz, de una convivencia sin opresiones. Quienes quieren lo mismo pueden y deben,—mientras haya muchos que quieran lo contrario,—trabajar y pelear juntos. Aquí venimos, camaradas, a marchar, a trabajar, a pelear,—unidas las intensiones liberadoras,— contra la corriente agresiva que amenaza destruir la cultura y la libertad. La cultura, porque ha sido ella la que ha traído la claridad universal que permite la buena batalla contra el privilegio: la libertad, porque en ella florece la cultura y triunfa la justicia.

Esta distinción clara entre bandos e intensiones hace como nunca al artista y al escritor dueño y responsable de su poder. ¿Qué hará con su fuerza específica, qué caminos dará a su obra? Un escritor, un artista, trabaja en un tiempo y en un espacio; en un día de la historia y en una porción de la tierra. Vemos que su tiempo le pide, le exige, el servicio de una postura. Sólo penetrado,

## Saludo del Sr. Joseph Freed

Compañeros y amigos:

Una de las grandes limitaciones de los intelectuales de mi país es la de desconocer los idiomas de los otros países de América. Espero que me perdonarán que les hable en inglés. Verán en seguida por lo que voy a decir con auxilio del traductor, como creemos y pensamos del mismo modo.

El bello discurso que acaba de pronunciar el compañero Marinello expresa no sólo el pensamiento de los mexicanos sino también el de los compañeros de Norte América. La Liga de Escritores Norteamericanos, representada aquí por su Ex-Presidente Waldo Frank, está como ustedes dada a combatir el fascismo, el imperialismo y la reacción.

Quiero añadir al saludo de la Liga el del periódico que vengo especialmente representando en esta ocasión. En estos días ha festejado *New Masses* el 25 aniversario. Al revisar, en esta celebración, los progresos hechos por el pensamiento liberal en el mundo, hemos hallado el nombre de nuestro gran director John Reed unido al nombre de México.

Mucho antes que con la Revolución Rusa, contrajimos un serio deber con la Revolución Mexicana y con el pueblo de México. Los nombres de Felipe Carrillo Puerto y de Emiliano Zapata nos han ayudado a comprender mejor y a amar más a Lenin. Cuando los reaccionarios de mi país insisten en decirnos que la idea revolucionaria es una importación rusa, les contestamos que muchos años antes del gran ejemplo ruso tuvimos el ejemplo de los libertadores mexicanos.

Por estas razones traigo a ustedes, compañeros de la L.E.A.R., los cálidos saludos de la Liga de Escritores Norteamericanos.

estremecido, por el ímpetu epocal puede un creador dar lo mejor de sí, lo único que históricamente cuenta. ¿Pero dará algo de firme validez alejado de la cercanía entrañable? Miguel de Cervantes y José Clemente Orozco vivirán siempre porque lo español y lo mexicano son en sus obras medidas humanas. Pero en los días de Cervantes, aunque la obra de arte reflejaba el querer central del tiempo, no estaban los hombres artistas en la pugna consciente, beligerante, de una superación universal. Eran, como ahora, hijos del impulso colectivo y servidores de él, pero desconocían el goce doloroso de prestar su voz al ansia transformadora que vive en ese impulso.

El artista, el escritor de nuestro tiempo, está como el de todas las épocas, en el deber y la necesidad de bucear en la sangre más profunda de su cercanía, pero ha de trabajar, además, en la integración de una obra que recoja y supere un aliento universal. Como el político de hoy, está forzado el creador artístico de ahora a usufructuar la rica contradicción entre lo particular y lo general, entre lo nacional y lo mundial. El conflicto no tiene igual tamaño en uno y otro. El político usa la realidad, el artista la exalta. El político pondera la fuerza liberatriz de los valores nacionales y los usa en la medida que adelantan una excelencia humana. El artista, sin dar la espalda a su deber de hombre sin fronteras, ha de inquietar y ahondar las diferencias regionales, ha de descubrir el tono de un dolor, el sabor de una amargura, el ademán de un ansia. ¿Y puede impedirse que quien penetre en una humanidad específica, quien pone el oído a un corazón cercano, quede libre de su dominio?

La responsabilidad de resolver con acierto la esencial contradicción llega a su mayor intensidad en los países hispanoamericanos, en tierras como la de México. Aparte las grietas de lo folklórico y lo pintoresco,—grietas muy difíciles de salvar,—poseen nuestros pueblos semicoloniales circunstancias traidoras a la superación de ésta pugna. Está ya fuera de toda duda que el creador de arte ha de expresarse en una lengua asequible al pueblo. (La democracia verdadera, acaba de decir Jules Romains, consiste en que todos los hombres formen parte del pueblo). Y el pueblo en nuestros países sufre en sus preferencias espirituales,—las que ha de recoger y aprovechar el artista,—los reflejos de su retraso social, de su primitivismo económico. Mil veces, grave cosa, la masa más sana y activa de nuestra tierras demora gozosamente su ritmo en una como aceptación rencorosa de su desdicha. Y no pocos artistas, algunos verdaderamente grandes, como Ramón López Velarde, se han dejado ganar por éste mal amor:

*Patria, te doy de tu dicha la clave:  
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario...*

Si la cultura verdadera es desnaturalizada en las tierras metropolitanas, ¿cómo no ha de serlo en pueblos en que la fuerza defensora tiene a su servicio un poderosísimo respaldo extranjero? Es asombroso, camaradas,— y